

ELENA MOLINI



Una
detective
en la

PEQUEÑA
FARMACIA
LITERARIA



Traducción:

ANA CIURANS FERRÁNDIZ



MAEVA

*A Sandra.
Por una vida mejor.*

PRÓLOGO

Jueves, 26 de septiembre, once y media de la noche

—SIÉNTESE AQUÍ, SEÑORITA.

Como en un *déjà vu*, me acerqué a la silla, me quité la chaqueta y la dejé con cuidado sobre el respaldo.

Antes de meterme en ese lío nunca había estado en una comisaría de policía, mientras que ahora conocía la de San Giovanni como si fuera la palma de mi mano.

Siempre las había imaginado como en las series policíacas americanas que tanto me apasionaban: una habitación en penumbra con un gran espejo a mi espalda tras el cual un equipo de psicólogos y criminólogos se disponían a captar la más mínima señal de titubeo.

Me encontraba, en cambio, delante de un simple escritorio, en una oficina iluminada por tristes neones, pálidos como los de mi instituto de provincias.

Además, el agente Antonio Sevasti no recordaba en absoluto a los policías molones de *CSI* o *Mentes criminales*. Se parecía más bien a Papá Castor, el protagonista de los cuentos, un roedor pedante y parlanchín que siempre tiene una respuesta preparada para todas y cada una de las preguntas existenciales de su numerosa prole.

Dicho de otro modo, Sevasti era lo contrario de parlanchín, pero tenía las mismas paletas que Papá Castor y también llevaba las gafas apoyadas en la punta de la nariz.

—Esperamos al inspector jefe para la declaración y luego empezamos.

Asentí enérgicamente y le prodigué una enorme sonrisa.

—¿Necesita alguna cosa? ¿Agua o algo de comer?

—No, gracias, estoy bien —respondí mientras rozaba con los dedos el apósito que me cubría gran parte del cuello.

—Imagino que estará trastornada por lo que ha ocurrido esta noche —dijo él, y observó las manchas de sangre de mi blusa.

—Sí, en efecto, no son cosas que pasen todos los días, ¿no? Bueno, a ustedes puede que sí.

Se me escapó una risita.

Para ser exactos, más que una risita parecía el estertor de un animal moribundo. Sevasti tenía razón, todavía estaba trastornada, no veía la hora de volver a casa. Allí también me esperaba una buena papeleta, pero en aquel momento no quería pensar en eso.

Me giré hacia una de las ventanas: Florencia dormitaba aquella noche en la que el verano cedía el paso al otoño.

—Buenas noches.

Me di la vuelta. El inspector jefe Portelloni acababa de entrar con toda su imponente humanidad.

A simple vista, metro noventa de estatura y ciento veinte considerables kilos cubiertos por un impermeable arrugado que debía de haber recorrido mucho mundo, mirada severa bajo unas cejas espesas y una calva tan brillante que parecía untada con una fina capa de cera.

Se dejó caer sobre la silla mientras mascullaba algo para sus adentros y se vaciaba los bolsillos de llaves, billetera, móvil y caramelos.

Papá Castor se acercó al ordenador.

—¿Empezamos, inspector? He abierto el archivo del caso Ricorboli, pero habrá que volver a redactarlo a la luz de los hechos de esta noche.

Portelloni asintió brevemente mientras trajinaba con un paquete de pastillas de menta que acababa de sacarse del bolsillo. Se metió una en la boca, sin hacer ademán de ofrecérselas a nadie, y se puso a masticar. Tenía los ojos fijos en mí, y, sin abandonar la expresión de reproche que empezaba a resultarme familiar, le hizo una señal a Sevasti.

Podía escribir, daba por iniciada la declaración.

O quizá sería más correcto llamarla *declaración espontánea*.

Papá Castor se apresuró a poner en marcha el programa de transcripción; su voz, que vocalizaba de forma mecánica las palabras, acompañaba el sonido de las teclas.

—Jueves, veintiséis de septiembre de dos mil diecinueve.

Entretanto Portelloni se había repantigado en una silla giratoria de oficina, de esas de piel negra, que, como su impermeable, había conocido tiempos mejores.

—Adelante, Blu Rocchini, cuéntenos cómo se desarrollaron los hechos —dijo animándome a hablar con un elocuente gesto de las manos.

—De acuerdo. —Me sequé las palmas sudadas en los pantalones de color burdeos que llevaba esa noche—. Es una historia más bien larga, ¿por dónde empiezo?

—Bueno, diría que podría empezar por el principio, por ejemplo. —Portelloni había cruzado los brazos sobre su prominente barriga.

—Y cuando acabe, deténgase, por favor, o ya la detendremos nosotros —añadió Sevasti mirando al inspector con expresión divertida.

Portelloni no pilló la broma y la expresión del agente se ensombreció de golpe.

Quién sabe si aquellos dos entenderían qué relación podía haber entre un Citroën dos caballos averiado bajo el sol de septiembre, un grupo de biblioterapia que se reunía los jueves por

la noche, mis mejores amigas y el caso de homicidio en el que me había visto implicada.

Por otra parte, me habían dicho que empezara por el principio, y por ahí empecé.

1

EL PRINCIPIO

Para colocarte el corazón en su sitio, tendré que abrirte un agujero en el pecho. Espero que no te haga daño.

L. FRANK BAUM, *El mago de Oz*

Jueves, 5 de septiembre

—NO ARRANCA PORQUE la batería está descargada. ¿Tienes unos cables?

—Giulio, cariño, ¿te parezco la clase de persona que posee un chisme semejante?

Giulio Maria levantó la cabeza del motor.

Me observó con la mirada hipercrítica que yo había aprendido a conocer muy bien a lo largo de los diez años de amistad con los que me honraba.

—Entonces, Blu, cariño mío, por lo que a mí respecta, este cacharro se queda aquí. La parada del 23 está a la vuelta de la esquina. Arréglatelas.

Se había manchado de grasa la reluciente camiseta blanca y se le había escapado algún que otro mechón del moño en el que solía recogerse el pelo, de color castaño oscuro.

Cerró el capó con mucha rabia, se quitó los guantes y, con la agilidad adquirida en los entrenamientos de boxeo, franqueó el coche para dirigirse a grandes zancadas al que era su bar desde hacía dos años, el Dal Mago.

Lancé una mirada fugaz en dirección a mi flamante —solo para mí, porque en realidad tenía muchos años— Citroën dos caballos beis, que le había comprado a una amiga de la abuela Tilde a un precio de ganga.

En efecto, quizá eso lo explicaba todo.

Manzanillo, como había bautizado al viejo coche —aunque *Crónica de una muerte anunciada* hubiera sido más adecuado—, era mi último e inexplicable flechazo. A pesar de que cualquier persona de mi entorno que estuviera en su sano juicio me habría desaconsejado encarecidamente que comprara un vehículo en mal estado y que necesitaba mantenimiento, yo, tozuda como una mula, había decidido desoírlos a todos y tirar por la calle de en medio.

Habría podido pasarme el día repasando una existencia, la mía, llena de flechazos inexplicables, que defendía incluso a costa de negar la incuestionable realidad de los hechos.

Y la incuestionable realidad, también en aquel caso, era que había hecho una enorme, imponente y colosal gilipollez.

—Vamos, no seas susceptible. —Corrí para alcanzar a Giulio Maria, a riesgo de tropezar con las cintas de las alpargatas que se me habían soltado de uno de los tobillos.

Lo agarré del brazo, pero él no dio señales de detenerse.

—Iba a ir al almacén a buscar los míos, mis cables —dijo resignado—, pero han entrado dos clientes en el bar y me llevará un rato atenderlos.

—Mil gracias, te espero —respondí dando saltos de alegría.

—¿Qué habré hecho yo para merecer esto?

Solo se podía culpar a Giulio Maria de ser el mejor amigo de una chica cuya profesión era cerrar la puerta cuando las vacas ya han huido y con una larga e irregular experiencia en hacer *multitasking*.

—Y luego me explicas qué son esas cajas —añadió entrando en el bar.

Me puse las gafas de sol y dudé entre meterme en la librería para guarecerme del calor o esperar en la acera y correr el riesgo de coger una insolación.

Hacía pocos días que agosto le había abierto un hueco a septiembre, pero en Florencia nadie se había dado cuenta porque las temperaturas aún eran las que se registran en verano en el desierto de Gobi.

Levanté la vista, el cielo estaba sereno; advertí una vez más lo feas que se habían puesto las banderolas que había colocado en el exterior de la librería.

Nunca habían destacado por su hermosura, pero, caramba, al menos antes no estaban desteñidas. Aquel verano el sol les había dado el golpe de gracia: el logo de La pequeña farmacia literaria se distinguía a duras penas.

A veces aún no podía creerme que hubiera transformado mi intento de suicidio laboral, materializado en la agonizante librería Novecento, en un proyecto como el que estábamos sacando adelante. Todavía me parecía inverosímil que en enero fuera a publicarse, aunque solo para un grupo reducido de amigos, un libro sobre la historia de mi pequeña librería.

A menudo necesitaba detenerme un rato a reflexionar sobre la cantidad de sucesos —algunos agradables, otros un poco menos— que habían tenido lugar a lo largo del año que ya tocaba a su fin.

Lancé una mirada de tristeza a las cajas amontonadas en el asiento trasero de mi coche, en las que Giulio Maria se había fijado de inmediato a pesar de mis torpes intentos de esconderlas debajo de una manta.

La convivencia, que había empezado como la culminación del gran amor de mi vida, había fracasado miserablemente en solo tres meses.

Más o menos.

No me gusta presumir de mis hazañas, pero creo que había batido un auténtico récord. Quizá solo el matrimonio de Britney

Spears con un amigo de la infancia, celebrado en Las Vegas, duró menos.

La relación con Filippo había sido un fogonazo. Cinco meses atrás habría podido afirmar con total tranquilidad que aquel chico que había regresado del pasado era el HOMBRE DE MI VIDA.

Sí, con mayúsculas.

Un estrambótico y disparatado suceso había provocado que nos encontráramos al cabo de varios años, y yo tenía el absoluto convencimiento de que mi destino estaba unido al suyo.

Por eso, antes del verano, con tres cajas, dos maletas y el transportín de *Frodò*, había abandonado el piso de estudiante que todavía compartía con mis amigas, a pesar de que los tiempos de la universidad habían concluido desde tiempos inmemoriales.

Había alzado el vuelo hacia mi vida adulta, representada por un piso de una habitación, salón con cocina integrada y baño, a pocas manzanas de la librería.

¿Un título para esos tres meses de convivencia?

El amor... no es lo que parece: muy, pero que muy apropiado.

—¿Tienes la intención de coger una insolación, Blu?

Una sonrisa resplandeciente, que pertenecía a mi amiga Mia, se acercaba por la acera.

—En efecto, era una de las opciones —respondí riendo—. Estoy esperando que Giulio Maria repare a *Manzanillo*, que esta mañana ha decidido acercarme hasta aquí antes de exhalar el último suspiro.

Mia apretó los labios y se limitó a asentir.

Ella también había experimentado las deficiencias de mi vehículo la vez en que un chubasco nos sorprendió durante un viaje de trabajo para asistir a un evento. El agua se filtró por la capota y arruinó las alucinantes ondas californianas que el peluquero nos había marcado con mimo.

De Barbie California a Barbie Fregona-en-la cabeza hubo solo un paso.

—¿Qué haces por aquí?

—En la redacción me han dado la bienvenida después de las vacaciones endosándome estos para leer.

Dio una palmadita a la bolsa de algodón que llevaba en bandolera. Las asas estaban a punto de romperse por el peso del portafolios.

—He pensado en venir aquí, con vosotras, porque quedarme sola en casa me pone muy triste —dijo para justificarse.

Ni que necesitara una excusa para ir a la librería a chismorrear y desayunar. Mia había dejado su bien retribuido trabajo en el mundo de la comunicación para lanzarse al mágico mundo editorial. Mágico porque para obtener un contrato de verdad solía ser necesario poseer al menos uno o dos poderes paranormales. Todas pensamos que estaba completamente loca, pero ninguna tuvo valor para decírselo a la cara.

—Has hecho bien, un mes sin vernos es mucho tiempo. Quién sabe qué aventuras habrás vivido este verano.

Mia captó mi tono irónico y me lanzó una mirada torva.

—Por supuesto, el verano en Apulia en compañía de mi madre ha sido una sucesión de eventos extraordinarios —dijo imitando con las manos una explosión de fuegos artificiales—. Para ser sincera, lo más excitante que he hecho ha sido ponerme estas extensiones de color rosa.

Se dio la vuelta para mostrarme una larga melena de color castaño rosado.

No era el primer disparate de ese estilo que hacía, pero tenía que admitir que la tonalidad le favorecía mucho más que la azul que había lucido meses atrás.

A decir verdad, la encontraba muy en forma: el vestido blanco, que envolvía sus curvas con elegancia, sobre la piel bronceada; los ojos verde botella a conjunto con el bolso y las sandalias...

El verano le había sentado bien.

—Pero, cuéntame tú. ¿Cómo va la convivencia?

Me habría gustado tener a mano uno de esos botones que se pulsan para saltarse una pregunta y pasar a la siguiente en los concursos de televisión.

—¡No te he contado la novedad! Pero quizá hayas visto el evento en las redes sociales: esta noche tenemos la primera reunión de Los jueves de las confidencias.

—No, no sé nada. ¿Qué es?

Había cambiado de tema con descaro, pero había logrado desviar su atención. Hablar de mis fracasos a primera hora de la mañana me pondría de mal humor el resto del día.

—Es una idea de Carolina y mía. Son reuniones con pequeños grupos de participantes dedicadas a un tema específico. Empezamos este mes con tres reuniones. Si gustan, propondremos más el año que viene. Obviamente utilizaremos historias contenidas en los libros y, en función del debate, los participantes decidirán si compartir algo que nunca han contado a nadie o no.

—Me parece una buena idea. ¿Cómo está Carolina?

—Mucho mejor, sigue con el tratamiento, pero los médicos dicen que da pasos de gigante. Son muy optimistas en cuanto a una recuperación total.

—Qué alivio. Le escribí varias veces este verano, pero hablamos sobre todo de la situación que se ha creado con Giulia.

Ay, primer tema peliagudo a la vista.

—Si te sirve de consuelo, creo que se habría marchado aunque las cosas hubieran ido de otra manera. La oferta de aquel colegio era muy importante para su carrera. Lo que pasó con Neri no tuvo nada que ver —dije en un intento de suavizar las cosas.

—Por supuesto, supongo que su sueño era mudarse a una risueña ciudad de Renania del Norte-Westfalia. —La ironía no lograba disimular la amargura en su voz.

Apreté los labios y asentí, no sabía qué responder.

—Ven, vamos, entremos en la librería antes de que nos derriremos —dije empujándola hacia la puerta.

Hacia poco más de un año que pasaba los días encerrada entre aquellas cuatro paredes de tonalidad verde azulado con las repisas de palisandro, pero cada vez que entraba me parecía que era la primera vez.

Algo así como la sensación que deben de experimentar las personas que se quieren de verdad.

Chiara, mi compañera, o mejor dicho la persona capaz de asegurar la supervivencia de La pequeña farmacia literaria defendiéndola con uñas y dientes de mi incoherencia y desorganización, ya había llegado.

Conversaba con un grupo de chicas de Verona que se habían aventurado en nuestro barrio, alejado del casco antiguo, para visitar nuestra librería. Las chicas seguían a Chiara entre las estanterías ordenadas por emociones, entre mapas, test psicológicos y recetas todavía en blanco mientras Mia y yo nos dirigíamos a la trastienda.

La zona entre bastidores de La pequeña farmacia literaria estaba compuesta por una primera habitación con estanterías llenas de libros y un fichero que contenía los prospectos que Carolina y yo actualizábamos casi a diario. Cada prospecto acompañaba el libro para el que había sido redactado y contenía las indicaciones terapéuticas, los efectos secundarios y la posología de la lectura, como si se tratara de un auténtico medicamento.

En la segunda habitación, un gran escritorio con montones de libros apilados encima, era el protagonista indiscutible de la escena. Reunidas a su alrededor discutíamos acerca de los textos que introduciríamos en el catálogo: con cuáles nos quedaríamos y los destinados a la sección *off*, reservada a los libros que nos habían gustado, pero cuyo contenido no era demasiado *terapéutico*.

En esa habitación había una puerta que daba al patio, al que se asomaba otro pequeño edificio, la consulta privada de Carolina. La entrada era independiente, y, para garantizar la intimidad de los pacientes, ella no pasaba por la librería. Cuando la puerta estaba cerrada con llave significaba que tenía una sesión y no podíamos molestarla bajo ningún concepto.

Mia se sentó al escritorio y dejó caer al suelo la pesada bolsa mientras sujetaba la funda del portátil.

—Voy a avisar a Carolina de que estás aquí —dije después de abrir la puerta.

—Perfecto. Entretanto me pongo a trabajar.

Mia había sacado todos los utensilios del oficio y ya estaba con la cabeza gacha.

En el patio la temperatura superaba en unos grados a la de la calle, y era muy superior a la climatizada de la librería; cada vez que lo cruzaba corría el riesgo de desmayarme por la excursión térmica.

Alcancé la pesada puerta posterior de la consulta y advertí de mi presencia con unos delicados golpecitos. La discreción siempre era aconsejable.

Carolina asomó la cabeza y, sonriendo, me hizo una señal para que entrara.

La miré un instante y un impulso espontáneo de gratitud y alivio me sacudió de pies a cabeza. Habían pasado algunos meses desde que el diagnóstico de cáncer de mama nos había hecho temer lo peor, pero se había recuperado y su aspecto lo demostraba.

La piel de una bonita tonalidad ámbar, el pelo brillante y oscuro recogido en la nuca en un moñito informal, las mejillas rellenas... todo atestiguaba que lo más duro había quedado atrás.

—Buenos días. ¿Qué horas son estas de llegar?

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Esta mañana a *Manzanillo* le costaba arrancar y hace un rato se ha quedado parado ahí enfrente

y no da señales de vida. Por suerte, Giulio me ha ayudado a empujarlo hasta un aparcamiento libre y dentro de poco me recargará la batería.

—Deberías tirar ese coche a la basura, Blu, creo que ya te lo he dicho.

—Sí, tantas veces que he perdido la cuenta.

—Bien. Toma las llaves de casa —dijo colocándolas sobre el escritorio—. Tienes suerte, tu historia de amor ha sido tan breve que no nos ha dado tiempo a encontrar otra compañera de piso.

Todas estaban muy simpáticas aquella mañana.

—¿Qué ha dicho Sery?

—Solo le he comentado que llegaba alguien nuevo, sin dar detalles. Puede que sospeche algo debido al regreso de *Frodò*. Le dije que nos lo dejabas unos días y no preguntó nada más. Quiero que seas tú quien le cuente lo que quieras compartir con ella.

Serafina, a la que todos llamaban Sery, era prima de Carolina, un personaje que, para no extenderme mucho, se podía calificar como peculiar. A pesar de que su adorable pasión por ver programas de televisión con el volumen al máximo a primera hora de la mañana hizo que empezáramos con el pie izquierdo, nuestra relación había mejorado. También gracias a la predilección compartida por los *thrillers* y las novelas de Agatha Christie.

—Gracias, Carol. Qué habría hecho sin vosotras.

—Ya me contarás qué ha pasado, porque no lo he entendido.

Suspiré, aquella mirada comprensiva pero escrutadora siempre me causaba cierta incomodidad. ¿Todos los amigos de los psicoterapeutas tienen la impresión de que los analizan cuando les cuentan sus problemas?

—Él está demasiado concentrado en sí mismo y en su profesión.

—Sabes que tiene un trabajo muy absorbente, Blu. Supervisar misiones humanitarias en los países del tercer mundo no es como ir de excursión.

—Lo sé. En efecto, me siento una egoísta anteponiendo mis necesidades a ciertas situaciones. Pero no puedo remediarlo.

—Comprendo que no sea fácil, pero trata de aflojar las tensiones en vez de echar siempre leña al fuego.

—¡No puedo! Solo me llama cuando encuentra una conexión a internet, es decir, casi nunca. No sé si está vivo o si ha saltado por los aires al pisar una mina antipersona. Es insostenible.

Carolina me miró sin decir nada, a la espera de que continuara.

—Nunca en la vida he sido pegajosa. Con Filippo, en cambio, me he convertido en una persona que no me gusta ser: una quejica a la que le dan berrinches infantiles. Le dije que necesitaba tiempo para pensar.

—Y él ¿qué respondió?

—Está de viaje, claro, regresa a finales de mes. Me dijo que no quiere perderme y me pidió que lo habláramos cuando volviera, pero yo estoy bastante segura de la decisión que he tomado. No puedo mendigar el afecto de una persona que dice quererme, pero para la que todo lo demás es más importante que yo.

Carolina asintió y se ajustó las gafas.

—Sopesa la situación, pero escáparte de casa como una cobarde mientras él no está no me parece un comportamiento muy maduro.

Levanté las manos y las crucé para darle a entender que el tema estaba zanjado.

—Mira, de Filippo hablaremos más tarde. ¿Cómo nos organizamos para esta noche?

Carol cogió un folio con una lista impresa que tenía delante y me lo dio.

—He cerrado la lista de los participantes. Manejar sola un grupo demasiado numeroso podría ser complicado, sobre todo la parte final, la de la caja de arena.

En los últimos meses, Carolina había empezado una formación en psicoterapia junguiana y se estaba especializando en la técnica de la caja de arena, una modalidad psicoterapéutica ideada por Dora Kalff, discípula Carl Gustav Jung.

—¿Cómo vas a ponerla en práctica?

—Al final de la sesión utilizaremos la caja, de manera que los elementos que han circulado en el interior del grupo psicodinámico encuentren una forma de representación no verbal. Cada persona elegirá tres objetos de entre los que se han seleccionado y los dispondrá como quiera. Una vez terminada, observaremos la caja de arena de manera colectiva. Todos podrán compartir sus objeciones con los demás y hacer sugerencias. Por último, le haremos una foto y el grupo la desmontará.

—Tú eres la especialista —me limité a decir—. Yo solo me ocupé de los libros.

—A propósito de libros, estos son los que he seleccionado de entre tus propuestas.

Carolina me pasó la lista que le había entregado el lunes con los títulos que consideraba apropiados para nuestra primera velada de Los jueves de las confidencias, dedicada al abandono.

Cogió cinco volúmenes, de los que sobresalían varios pósts de colores.

—Esos son los fragmentos que podríamos leer juntos durante la reunión de esta noche. Es un grupo nuevo, no sé hasta qué punto los participantes tendrán ganas de interactuar. Debemos estar preparadas para que la velada no decaiga, es muy posible que nadie sienta la necesidad de compartir sus experiencias con desconocidos.

—Sí, debemos estar preparadas —confirmé mientras hojeaba los libros y leía por encima los apuntes de Carolina.

—Rubina, Ginevra, Cleo, Paride, Ludovica, Arianna y Danilo son los participantes de esta noche —dijo mirando la pantalla del ordenador.

Cogí un folio y, para prepararme psicológicamente, me puse a anotar los fragmentos que íbamos a leer.

Leer en voz alta me ponía nerviosa desde la época del colegio.

—He elegido textos que permiten tratar el abandono con una perspectiva de trescientos sesenta grados. He empezado por el que se desarrolla en el ambiente familiar, que es obviamente el primero que encontramos en nuestra vida. Por lo que respecta al abandono en el ámbito amoroso, hay mucho material para trabajar. También pondría el foco en la amistad.

—De acuerdo.

—El abandono en la amistad es un dolor que a menudo se subestima. Nos centramos casi siempre en el que provoca el fin de las relaciones amorosas, pero ¿qué ocurre cuando alguien que lleva muchos años a nuestro lado decide romper la amistad? Eso también puede provocar heridas importantes y podemos... Blu, ¿me estás escuchando?

Levanté la vista del papel y me di cuenta de que estaba garabateando en los bordes sin darme cuenta. Por segunda vez en pocos minutos, mi mirada se cruzó con la de Carolina, tan especial que lograba que me sintiera desnuda, como si solo llevara puestas las braguitas.

O quizá ni siquiera eso.

Suspiré —¿acaso era el Día Mundial de los Suspiros? Ah, porque si no existiera, presentaría de manera oficial la candidatura del 5 de septiembre como Día Mundial de los Suspiradores— y esperé unos instantes antes de responder.

—Sí, por supuesto que te escucho. Creo que compartir las experiencias propias es el objetivo de los encuentros de los jueves. No tiene sentido que solo hablemos nosotras.

—¡Por favor!

—Por favor, ¿qué?

—Lo que has dicho no tiene nada que ver con lo que te comentaba. Dime qué te pasa.

Carolina se inclinó hacia mí y me cogió la mano. Las suyas estaban frescas y suaves.

—Nada, en serio, estoy un poco tensa por esta nueva aventura. Solo es eso.

—No cambia nada con respecto a lo que hacemos aquí todos los días, la única diferencia es que hay que manejar a un grupo de personas. No hay nada de qué preocuparse.

Me soltó la mano y se apoyó en el respaldo de la silla; era de color naranja fluorescente y daba un toque de viveza a la habitación.

—Ok. Creo que ahora podemos hablar del verdadero motivo por el que has dejado de escucharme.

La tranquilidad de la consulta, el rítmico tictac del reloj que Carolina tenía en la estantería colocada a sus espaldas y el zumbido del pequeño aire acondicionado portátil oculto detrás del sofá, que mantenía una temperatura agradable en la habitación, hacían aún más profundo mi silencio.

La miré a la espera de que pronunciara el nombre.

—¿Sabes algo de Rachele?

Ya lo había nombrado, el fantasma de la habitación.

Desde que Carolina había aludido a las amistades rotas, mi pensamiento había volado hacia ella sin que pudiera evitarlo.

Rachele y yo éramos amigas desde la infancia, habíamos superado juntas mil cambios, dolores, divorcios, reconciliaciones y tragedias familiares. Hasta hacía seis meses habíamos compartido piso con Giulia, Carolina y Sery, pero todo se había derrumbado de golpe, sin un motivo aparente. Había decidido deprisa y corriendo irse a vivir con Lorenzo, su novio de toda la vida del que nunca había estado enamorada de verdad, y había desaparecido de nuestra vida.

De mi vida.

Había tratado de ponerme en contacto con ella en numerosas ocasiones, pero no respondía a mis mensajes, y desde hacía unos

meses no podía ver su imagen de perfil en WhatsApp. O me había bloqueado o había cambiado de número; en cualquier caso, el meollo de la cuestión era el mismo: tras veintiocho años de amistad profunda, Rachele Torresi ya no formaba parte de mi vida.

—No, nada.

A pesar de que Carolina era una amiga querida, me avergonzaba contarle que unos días antes me había armado de valor y me había presentado en la sede social de Reska, sociedad de recuperación de créditos para la que Rachele trabajaba, con la intención de que me explicara por qué hacía meses que me ignoraba.

En la recepción me dijeron que se había despedido hacía tiempo y que desde entonces no tenían noticias suyas.

—A propósito de situaciones peliagudas, ahí fuera también está Mia. No ha tardado en preguntarme si sabía algo de Giulia. Se siente culpable de que se haya mudado y no logro hacerle ver que su relación con Neri no tiene nada que ver. Creo que no la he convencido.

—Giulia aún paga su habitación en nuestra casa. Eso lo dice todo acerca de sus verdaderas intenciones. Si hubiera decidido quedarse en Essen, lo habría abandonado todo desde el principio; en cambio, deja una puerta abierta para poder dar marcha atrás. Quizá deba sopesar cómo evoluciona la situación de los estudios que está realizando y si Alemania le ofrece perspectivas. Pero tanto ella como nosotras sabemos que su vida está aquí. Todavía tiene que asumir la desilusión. Se le pasará, ya lo verás. Yo me encargo de hablar con ella.

El teléfono del escritorio de Carolina empezó a sonar.

—¿Diga? —Vi dibujarse una sonrisa en su rostro—. De acuerdo, ya vamos. —Cogió el bolso y se dirigió a la entrada.

—¡Hablando del rey de Roma! Era Mia. Me ha dicho que movamos el culo y vayamos a tomar un café.

—Pero si no ha trabajado ni diez minutos.

Carolina levantó las manos al cielo, abrió la puerta y me hizo un gesto para que pasara primero.

Mia nos esperaba en la trastienda con una mirada traviesa bajo el flequillo corto.

—Perdonad, chicas, pero tengo que recuperar el ritmo de trabajo. Sin café no soy capaz.

—Venga, vamos.

UNA VEZ EN la acera, Mia acabó prácticamente en los brazos de Giulio Maria que, con los cables de la batería en la mano, se disponía a enfrentarse de nuevo a mi coche.

—¡Hola! —Mia exhibió la más amplia de sus sonrisas, a la que él correspondió con un gesto de la cabeza.

Desde que leyó en el borrador de mi libro que Giulio Maria se había medio enamorado de ella, entre los dos se palpaba una sensación de incomodidad que, en mi opinión, ya no desaparecería.

Tras unos instantes de inmovilidad llenos de tensión, me situé junto a él y lo empujé hacia el coche para acabar con aquella situación.

—Id a tomar café, chicas. Yo voy con Giulio a resolver el problema, iré enseguida.

Carolina y Mia pillaron mi indirecta al vuelo y se escabulleron en un abrir y cerrar de ojos.

—La próxima vez, ¿podrías dejarme fuera de tus libros, por favor? —dijo entre dientes Giulio Maria.

—Perdona.

—Tus excusas no me sirven de nada. Además, lo del puto libro del elefante enamorado fue idea tuya. No quiero pensar en la pena que debí de darle. Si el homicidio no fuera ilegal, ya te habría estrangulado con estos cables.

Sí, ok, de acuerdo.

Había armado un gran follón.

Giulio Maria estaba bueno, cachas, y era amable y sensible.

Mia se animaba cuando lo veía, era soltera y tenía ganas de enamorarse.

A él le gustaba ella, y, teniendo en cuenta las cualidades de mi amigo, deduje que a ella también le gustaba él.

Así que me metí en el papel de un Cupido de andar por casa y traté de emparejarlos.

Por desgracia, no me había dado cuenta de que, en realidad, Mia había empezado a salir con Neri Venuti, un escritor enreído y desagradable que, en el mismo lapso espaciotemporal, había mezclado sus fluidos corporales con otra queridísima amiga y compañera de piso, Giulia, dando lugar a una situación que rayaba en un desastre equivalente al de una bomba atómica.

—Toma, sujeta este cable y conéctalo aquí. —Giulio me arrojó un cable de color rojo de mala manera.

Mientras trataba de confundirme con el asfalto en una simbiosis mimética para evitar su ira funesta, oímos un rumor de voces a nuestras espaldas.

Tanto Giulio como yo pusimos la antena de inmediato: procedían de un gran local comercial, justo enfrente del bar y la librería, vacío desde hacía un montón de tiempo, porque el dueño pedía una cantidad desorbitada por él.

Las voces se superponían y solo nos permitían captar algunos fragmentos de la conversación.

—Sí, creo que es viable. Empecemos las obras de inmediato; a mediados de octubre deberíamos estar operativos.

—Tenemos un equipo de operarios y el proyecto está listo. Creo que podemos ponernos manos a la obra.

—La cuestión de los contratos ya está solucionada.

Giulio y yo intercambiamos una mirada.

Incluso sin hablar, el mensaje que nos transmitimos estaba claro: debíamos enterarnos de lo que se estaba cociendo allí

dentro. Nunca pasaba nada en aquel tranquilo barrio residencial, así que el cambio más insignificante circulaba de boca en boca en menos de un día. El bar de Giulio era el punto de partida de los rumores más fútiles, y contar con la exclusiva daría más lustre a su posición.

Dejé el cable rojo y, con indiferencia, me acerqué un poco más a la puerta entornada y cubierta, al igual que los escaparates, por un grueso papel marrón que impedía ver el interior. Logré adivinar por el resquicio a cuatro personas de espaldas, todos hombres.

Dos iban vestidos con ropa de trabajo, otro con chaqueta y corbata, y el cuarto, el que estaba hablando en aquel momento, llevaba un pantalón ajustado de estampado floral y una camisa blanca.

Siempre habían desconfiado de los hombres con pantalón ajustado, no sabría decir por qué. Era, quizá, algo ancestral; puede que los llevara algún chaval que me había roto el corazón en los primeros años de la década de los dos mil o algún amor televisivo forzosamente no correspondido, vete tú a saber.

—Aquí podríamos instalar el conducto de humos. Ya tenemos la licencia de actividad. —El que iba trajeado indicó, con un amplio gesto de la mano, una zona que quedaba fuera de mi campo visual.

—Habría que derribar esta pared. —Uno de los hombres con ropa de trabajo golpeaba con los nudillos una pared blanca situada a su izquierda.

—No debería haber ningún problema —dijo el otro mientras consultaba los planos.

Mi curiosidad se transformó en alarma al oír las palabras «licencia de actividad»: ¿acaso querían abrir un bar?

El pequeño bar de Giulio Maria no podría competir con un local que, como mínimo, era tres veces más grande.

Me asomé un poco más para tratar de echar un vistazo al proyecto que el tipo trajeado tenía en la mano cuando una cara se me plantó delante.

—Hola. Esta reunión es privada, pero entra si quieres participar.

Estaba tan enfrascada tratando de descifrar el proyecto que no me había dado cuenta de que el tío del pantalón ajustado me había visto, se había acercado a la puerta y la había abierto de par en par.

—No, perdone. Estoy esperando a que mi amigo ponga en marcha el coche y solo pretendía protegerme del sol. No pretendía escuchar a escondidas.

Me había ruborizado y Pantalón Florido me miraba con una media sonrisa, dando a entender que no creía una palabra de lo que le decía.

Lo observé mejor.

No estaba nada mal, a pesar del pantalón horrendo.

Debía de tener unos treinta; cabello rubio pajizo peinado con un flequillo que parecía esculpido en mármol, y ojos claros. No era lo que se dice guapo, pero sí el típico tío listillo y resultón.

—Vale. Hasta pronto, Pecas.

Cerró la puerta con un golpe seco para que no pudiera oír sus voces desde el exterior, y yo me quedé allí plantada mirando fijamente mi reflejo en el cristal cubierto de polvo de la puerta.

Me había recogido el pelo en un moño alto y flojo que parecía una piña; por debajo de mis ojos, de color verde, flotaba una nube de pecas que el bronceado resaltaba.

¿Aquel tío desconocido, con aquel pantalón, se había permitido llamarme Pecas como si hablara con una mocosa? ¿En serio?

¿Acaso se creía Terry de *Candy* o Sawyer de *Perdidos*?

Y yo me había quedado ahí plantada como una idiota.

La oleada de rabia que me azotó fue en parte contenida por la alegría que me produjo el ruido familiar que llegó a mis

oídos: el motor del viejo Citroën dos caballos había vuelto a ronronear y Giulio Maria daba gas al pedal del acelerador.

Dejé correr el tema del mote y me dirigí hacia mi heroico mecánico.

—¡Genial! Me has salvado la vida.

—Da al menos una vuelta por el barrio antes de aparcarlo; si no, puede que no se ponga en marcha de nuevo.

—Sí, de todas formas tenía que pasar por casa de las chicas. Voy y vuelvo.

Me cedió el asiento del conductor.

—¿Qué hacen ahí dentro? ¿Has podido enterarte de algo?

—Ah, no, casi seguro que son agentes inmobiliarios. Nada nuevo.

No mentía bien, pero Giulio no parecía mosqueado. Antes de asustarlo con la noticia de la licencia de actividad quería enterarme de algo más acerca de lo que tramaban aquellos tíos.

Empezaba a girar el volante cuando Giulio se asomó de golpe por la ventanilla abierta.

—¿Estás loco? ¿Quieres que me dé algo?

Indicó las cajas con un gesto de la cabeza.

—Esta noche no quedes con nadie. No sé qué te ha pasado, pero nosotros vamos a emborracharnos y a comer porquerías como en los viejos tiempos.

—No puedo, estoy a régimen.

—Me importa un bledo tu dieta keto.

—He acabado la keto, ahora estoy en la fase...

—Me da igual, lo que sea. Esta noche comeremos y beberemos.

Luego me revolvió el moño-piña y se alejó corriendo.

Mientras hacía maniobras para salir del aparcamiento, los cuatro hombres a los que había estado espiando poco antes aparecieron en la acera, justo a mi lado.

En aquel preciso instante, la marcha que acababa de poner se escapó de la posición adecuada para permitir el cómodo y ágil

acelerón que había proyectado en mi mente, y el coche rechinó tan fuerte que el estruendo habría podido oírse sin problema en la autopista Salerno-Reggio Calabria.

—Bonito coche.

No hacía falta que me diera la vuelta, ya sabía de quién procedía aquel simpático comentario, pero de todas formas lo hice.

Pantalón Florido me miraba con su odiosa sonrisa torcida y, por si fuera poco, me saludaba con la mano.

Metí la marcha con ímpetu y me fui sin decirle adiós.

Cabrón.